

Noé

 Jorge Monteleone

Escribimos el nombre como siempre lo llamamos, *Noé*, solo que en esta hora exacta nos falta cuando quisiéramos llamarlo otra vez. Y lo que resta es hablar de él, nombrarlo de nuevo: decir “Noé”. Claro que, aunque lo nombremos, cuando el tiempo nos condena a esta forma del mundo y al final de la sombra, el sentimiento de irrealidad es intenso. Y no hay respuesta. Porque antes, frente a cualquier confusión, frente a cualquier desafío, frente a cualquier incerteza por trivial que fuese, mirábamos hacia Noé y siempre había una respuesta. Nunca era una respuesta taxativa, jamás afirmaba para crear un vacío de réplica, sino todo lo contrario: responder era consensuar en el pensamiento, era afirmar en plural o dudar mejor, mucho mejor. “Pensemos algo, che”, decía, o “se me acaba de ocurrir algo, a ver qué les parece”. Y luego surgía una iluminación, un atajo, una solución, una oportunidad, o siquiera una nueva pregunta a la espera de otra respuesta, del salto cualitativo a la encrucijada. Entonces, ante la irrealidad a la que nos arroja el tiempo de la desdicha, le preguntamos otra vez a Noé, en tiempo presente y allí donde su escritura aún nos habla en miles de páginas que nos ha dejado. Abrimos, por ejemplo, su libro de poemas *Cálculo equivocado* para escucharlo de nuevo, como si Noé mismo nos consolara de algún modo aquí, otra vez, en este espacio que se repetirá con cada lectura. Y leemos este poema:

La desdicha
o la desgracia
que tiene que ver
con el ser
frágil
de un ser
en sus límites
no tiene explicación
no es justo
por qué el ser
tiene que ver
con sus límites
el ser
no nació para ser
otra cosa
que un límite impreciso
una emoción confusa
un paseo reiterado
irreductible

por una plaza
sin gente
por ciudades
llenas de gente abandonadas

¿y por eso lo ataca
la desdicha?

¿Y por eso lo corre
la desgracia?

Es un poema sobre la inadecuación entre los límites y lo impreciso: la desdicha ataca por ese “cálculo equivocado” en la dimensión del límite. El poeta escribe porque calcula mal; es decir, escribe porque hay una inadecuación entre la extensión del límite y su aspiración a superarlo o transformarlo. El “cálculo equivocado” consiste en el error de no mensurar el límite, pero ese mismo error de cálculo lo lleva a enfrentar el tiempo con un trabajo: la tarea de la forma. Escribir es alcanzar la forma, que constantemente se sustrae y muta en sus transformaciones, para ser otra y otra y otra más, hasta intentar colmar indefinidamente el blanco, el vacío que asedia, aquella plaza que se va quedando sin gente mientras el tiempo, como decía Baudelaire, “*mange la vie*”, “se come la vida”. Ya lo había escrito Noé recordando a Darío: “La escritura es una acción que se produce en un espacio blanco y tiende, además de pretender intervenir en el mundo mental de los seres humanos, a poner de relieve el enigma del vacío, la página en blanco que asedió en algún momento a Rubén Darío”.

Como decía su poema, allí donde hablaba el vacío, con el conocimiento de los límites —e incluso sin ilusión alguna acerca de los verdaderos límites— Noé Jitrik ejercitaba una antigua fuerza que incluso en momentos de extrema debilidad o desazón realizaba, porque su fundamento era el deseo. Era verdaderamente extraordinaria, absolutamente impar su capacidad para colmar los vacíos del ser. Lo que también escribió Noé es que “ser y saber sobre el ser no coinciden”, porque el saber no puede ser aquello que se pierde o aquello que no se quiere perder; el saber sobre el ser no puede ser, siquiera, el dolor de perder el ser. No es entonces un saber esto que oímos en Noé, sino aquello que nos enseñó tantas veces a escucharle y a presenciar y a leer, menos como noción que como acto: la *incesancia*. No podemos dejar de hablar de Noé sin recordar ese vocablo que casi fue su invención: no solo le escuchamos esa palabra, sobre todo la vimos actuar en él mismo. No cesar, no cesar. ¿Habría sido, acaso, un conjuro del lenguaje contra la muerte?

Mientras finalizábamos este número, en setiembre de 2023, en plena realización de las Jornadas sobre vanguardia que había organizado junto a Silvana López, murió su amigo y discípulo e integrante durante décadas de nuestro Instituto, Roberto Ferro. Había compartido con Noé el viaje a Colombia para dictar allí seminarios junto con él un año antes y vivió entonces la sorpresiva encrucijada de acompañarlo en los días finales, con esperanza claudicante, luego con incertidumbre y con dolor, mientras llegaba su familia desde Buenos Aires. Su más reciente testimonio sobre Noé, “La revista *sYc* como laboratorio y yacimiento”, finalizado el 8 de agosto, aparece en este número de homenaje. En cierto modo también se fue como Noé: en la víspera incansable del trabajo crítico. Roberto conocía bien el sentido de la *incesancia*. Había compilado y prologado, por el largo y hondo conocimiento que le dieron tantos años de trabajo compartido, algunas antologías espléndidas. Una de ellas, *Línea de flotación*, aparecida en Mérida, Venezuela, en el 2002, tenía como subtítulo, “Ensayos sobre la *incesancia*”. Y Roberto Ferro escribía: “La *incesancia* diseminada en los textos de Jitrik es una dimensión indecible que se tiende entre la mano que traza la escritura y el ojo voraz del lector que persevera en la construcción del sentido. (...)”.

Para Noé Jitrik la lectura, al igual que la escritura, puesta en la inagotabilidad, puede recomenzar y siempre, por ello mismo, es insatisfactoria, está siempre a punto de aspirar algo que no deja de evadirse". Pero esa insatisfacción es un acicate deseante. Allí donde habla el vacío, la incesancia del sentido que se difiere interminablemente es una garantía de la vitalidad. Por ello con el conocimiento de los límites Noé no cesaba. Y no era apenas un deseo individual sino una verdadera política del deseo, que solo puede ser colectiva: porque lo que no cesa, *resiste*.

Eso lo hemos vivido junto a él desde 1990, hace más de tres décadas y con varias generaciones, en el Instituto de Literatura Hispanoamericana. Con la llegada de la democracia, desde 1984 nuestro Instituto se transformó. David Lagmanovich fue entonces el que lo situó en el mundo del intercambio académico, lo transformó en un centro de investigación en el que confluyeron miembros de las cátedras, becarios, doctorandos, investigadores formados y docentes. El ILH recibió el flujo de numerosos especialistas de Latinoamérica, Estados Unidos y Europa, con dos grandes congresos internacionales, las Jornadas de Investigación que hasta hoy se desarrollan y la actividad y la fluencia permanente de intercambio con los estudiosos de nuestra literatura en todo el ámbito nacional. La continuidad de Susana Zanetti, durante un período breve pero intenso, estableció un puente para consolidar esa tarea previa entre 1988 y 1989 y dejó esa impronta dialogal, docente, personalizada en la formación de las generaciones venideras que se reunían en el ILH como centro de referencia. Y Noé Jitrik tomó la dirección de nuestro Instituto entre 1990 y 2022. No desdijo el legado de David y Susana, lo amplió, lo diversificó, lo dinamizó y lo consolidó. No solo continuó con todas las tareas de sus antecesores sino que promovió numerosas actividades en torno de la literatura del continente para que se volviera un verdadero foro, como aquella palabra antigua que usó un día para reunirnos, un vocablo que venía de Grecia y de los románticos alemanes: el Ateneo. Vimos a escritoras y escritores célebres o principiantes recorrer el Instituto, donde hubo charlas, presentaciones de libros, debates, las jornadas que incluso hicimos en otras partes del país en una especie de falansterio súbito, organización de archivos y biblioteca, reuniones de grupos de estudios, de cátedras, seminarios, cursos, conferencias, propuestas, pasantías, innumerables tesis y proyectos radicados allí, en un estado de constante movimiento, de trabajo continuo e incremento sin pausa en el número de investigadoras e investigadores. Y además la ampliación a otra tarea que el Instituto no había emprendido: las publicaciones. La producción a lo largo del tiempo de los libros que recopilaban el contenido de jornadas de investigación, incluyendo las discusiones; la colección "Asomante"; la creación del *Boletín de Reseñas Bibliográficas* a lo largo más de una década y diez números; la fundación de la revista *Zama* que, además de un número especial dedicado a Rubén Darío, ha llegado a este, el 15. Y, además, una gran parte de los que formamos parte del ILH a lo largo de todos estos años fuimos convocados a la realización conjunta de la *Historia crítica de la literatura argentina*, dirigida por Noé y conformada principalmente con quienes trabajamos en las universidades públicas y los institutos de investigación argentinos.

En cada actividad, presente o consulto, con una atención incansable, allí estaba Noé. No solo la atención y la palabra y aquella capacidad de respuesta que antes mencionamos, sino también el humor, la risa, la ironía, y una paciencia constructora, hacedora, incansable. Parece que hablamos de instituciones pero se trata, de nuevo, de aquella incesancia como política del deseo. Es un acto amoroso, y es un acto utópico para nuestras culturas, y es un acto fundacional, y es una herencia, y es un legado.

Bastaba que a Noé le mostrásemos finalizada alguna tarea proyectada para que no se detuviera en encomiarla sino que, en su lugar, se le ocurriese otra venidera, inmediata: siempre había algo más por hacer, por continuar, por colmar, por abrir. Por eso este número 15 de *Zama* sería, visto con sus ojos, un número más en la serie, el anterior al 16,

que en este se ocuparía de un intelectual latinoamericano —“de fuste” diría, entre risas— pero no se limitaría a un *dossier* de homenaje, por importante que nos resultara. “Homenaje —escribió Noé—, con lo que eso significa de irremediable”. El número tendría todas las secciones habituales, con los artículos y las notas y las reseñas. No podríamos privarnos, por ejemplo, de ofrecer en este número la edición fiable y anotada de un texto, muy comentado pero, por inaccesible, casi inédito de Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700): *Noticia chronologica de los reyes, emperadores, gobernadores, presidentes y virreyes de esta nobilissima ciudad de Mexico*, junto a otras reflexiones críticas acerca de nuestro campo de investigación. Noé hubiera ironizado al reconocer que los “inéditos” de este número formaban un arco entre dos puntos, que iba desde el novohispano Sigüenza y Góngora, nacido en la ciudad de México, al argentino Jitrik, nacido en Rivera, La Pampa, 283 años después. Lo cierto es que en los años de exilio en aquella misma ciudad, Noé dejó una huella indeleble que dura hasta hoy, como atestiguan los testimonios de Margo Glantz, que encabeza el *dossier*, y el de Gonzalo Celorio.

Cualquiera que hubiera visitado el departamento de Noé y Tununa Mercado en la calle Viamonte de Buenos Aires, hallaría un largo estante lleno con algunos de los libros que escribió y publicó. El número es abrumador y variado, tanto como los géneros y modos de escritura que practicó. ¡Hasta un guion cinematográfico, como el del filme *Todo sol es amargo*, de Alfredo Mathé (1966)! Celina Manzoni, organizadora del *dossier* de homenaje junto al Comité Editorial de *Zama* y el trabajo entusiasta de María Laura Romano, señaló: “Ante la disyuntiva de privilegiar la escritura y la inteligencia de Noé Jitrik o el gran afecto que nos unió a él, se decidió apelar a una convocatoria múltiple y plural, de varias perspectivas y ámbitos, que permitiera desplegar, en la medida de lo posible y junto con el afecto, su *varia invención*”. Y así hay, junto a los mexicanos antes nombrados, artículos que provienen de Brasil (Raúl Antelo), de Cuba (Jorge Fornet), de Uruguay (Pablo Rocca). Y artículos de más amigas y amigos que fueron también sus discípulos y colegas, forman parte de nuestro Instituto y se ocuparon de algunas facetas de aquel vasto despliegue: escribieron acerca de ciertas nociones teóricas y críticas de Noé; acerca de su experiencia como fundador y director de una revista literaria; acerca de sus trabajos sobre literatura colonial, sobre Sarmiento y el siglo XIX, sobre el modernismo, sobre la narrativa del *boom*; acerca de su propia impronta de narrador, de su experiencia con la poesía, y hasta de su tarea como director de tesis —además del conocimiento de algunos textos inéditos en el numeroso archivo que aguarda su ordenamiento y sus futuras ediciones—. Y estos son solo algunos temas de las decenas que Noé abordó, unas pocas evocaciones de sus múltiples experiencias, y escasos textos de amigas y amigos y lugares respecto de tantos otros que compartió en su larga vida y que también habrían podido escribir aquí.

Lo recordamos haciendo ese gesto único, inquieto, solidario, cuando todo se le encendía en la duda voluntariosa y en el hacer. Bajo protesta contra la desdicha, empecinado, inagotable, pensando sin término, expectante e incluso alegre, o escribiendo cartas en una tarde iluminada con el color del poniente incluso mientras lo corroía la angustia o el duelo, tenaz, incesante, Noé piensa y lee y escribe, es decir, *todavía* piensa y lee y escribe ante nuestros ojos. Así vivió y sobrevivió y, sobre todo, aún nos enseña a vivir.